

ELOGIO DE LA POESÍA*

Por: Héctor Ceballos Garibay

En estas tierras purépechas aún existe una noble y antiquísima tradición que resulta pertinente recordar este día. Aludo a las célebres canacuas. A fin de honrar a los distinguidos visitantes, un grupo de guarecitas cantaban pirecuas y danzaban en torno a los invitados, ofreciéndoles flores y frutos de la región; se trataba no sólo de un juego coqueto y generoso que revelaba el gusto por ofrendar lo propio, sino también de una actitud alegre con la cual los anfitriones intentaban tributar amistad y respeto a los recién llegados. A manera de bienvenida, recurriendo a una canacua *sui generis* –tejida sólo con palabras-, me gustaría compartir con ustedes, distinguidos bardos del mundo, una brevísima reflexión sobre el carácter axial y perenne de la poesía.

Quizá pueda considerarse a la poesía como el *sumum* del arte, por su capacidad peculiar de condensar en unas cuantas imágenes y juegos sonoros el saber hondo y palpitante de la experiencia vital humana. Y aunque se escriba en la soledad, al publicarse el poema adquiere una existencia colectiva, una presencia múltiple y compartible por todos, gracias a que conjunta en su ser la síntesis más depurada de pasiones y pensamientos con la elocuencia del lenguaje, la sabiduría acumulada de los hombres y mujeres con la cadencia musical de las palabras. Así pues, la poesía, en tanto que parte consustancial de la vida cotidiana de las sociedades, manifiesta una multiplicidad de funciones, a cual más de esenciales y perentorias. Por ejemplo: hacer más bella a existencia, otorgarle nombre y sentido a las cosas, construir edificios verbales autónomos y valiosos por sí mismos, sublimar los fantasmas que atosigan nuestro ser interior, combatir las asechanzas que supone enfrentarse a lo desconocido, arrostrar el desafío que conlleva el enigmático azar, pulsar con templanza la fatalidad de la muerte, y, hoy más que nunca, fomentar la conciencia lúcida y ejercer la razón crítica de cara a las injusticias de todo tipo que asolan por doquier a las sociedades tecnoburocráticas contemporáneas.

En esta ocasión me interesa abordar la legitimidad intrínseca y las aportaciones literarias propias de aquellos bardos que, además de rebelarse en tanto que ciudadanos, también como creadores de lenguaje poético utilizan sus herramientas propias y su oficio específico para escribir poemas de contenido político. Me refiero a esos versos iracundos que los rapsodas cantan para reprobar o denunciar aquellas tiranías y estulticias que son resultado del mal gobierno.

Desde épocas inmemoriales, los poetas, además de cantar al amor, a la naturaleza, a los dioses, a la guerra, asimismo han escrito versos para denostar los vicios y loar las virtudes de los hombres públicos,

para repudiar las arbitrariedades y glorificar las hazañas de los sujetos que concentran en sus manos el poder político. Por fortuna, cabe precisar, no hay duda que en la buena literatura abundan más los poetas críticos que los dedicados a la poesía laudatoria.

La reivindicación de una poesía contestataria que al mismo tiempo sea eficaz desde el punto de vista artístico no significa proponer un regreso a los oprobiosos tiempos de la imposición ideológica, cuando la doctrina del “realismo socialista” se impuso desde el Estado y conculcó la libertad en el arte. Esta clase de coacción contra el quehacer artístico no sólo produjo la censura y la autocensura, sino que pronto desembocó en la represión a los disidentes y en la conformación de un mundo reduccionista y totalitario donde únicamente prevalecía “el pensamiento cautivo”, como certeramente le denominó Czeslaw Milosz. Sin caer, pues, en el abominable adoctrinamiento estético de cualquier signo, lo que sí resulta loable y hasta necesario es retomar el temple de aquellos poetas que, ante una situación inicua o vejatoria, levantan su voz en forma de elocuencia poética y dicen su verdad. ¿Cómo olvidar a Juvenal, a Fedro, a Marcial, a Lucilio, quienes usaron su arte para fustigar la decadencia moral de la Roma antigua? Y en este ámbito nuestro, y en estos tiempo tan aciagos, tan corroídos por el ecocidio y la abyección explotadora de las élites, cabe preguntarse cuántos son los poetas que se prestan a tomar la estafeta de César Vallejo, de Osip Mandelstam y de tantos otros, quienes más allá de sus peculiares estilos y tendencias estéticas, en un momento crucial de sus vidas y ante el impacto de la irracionalidad social y política supieron crear poemas políticos excelsos. Esos poemas y esa valiente actitud resultan encomiables, ya sea por el logro artístico que habita en ellos o bien por la fortaleza moral que hoy nos urge tener como un luminoso ejemplo a seguir.

*Palabras de bienvenida para los Poetas del Mundo Latino, en el Parque Nacional de Uruapan.

28 de octubre del 2007, Sés Jarhani, Uruapan, Mich.